



Sánchez, Marcial (director): *Historia de la Iglesia en Chile. Tomo II. La Iglesia en tiempos de la Independencia*. Editorial Universitaria, Santiago, 2010, 406 pp.

La Iglesia en tiempos de la Independencia es la segunda entrega de la Colección Historia de la Iglesia en Chile publicada por Editorial Universitaria bajo la dirección del historiador Marcial Sánchez Gaete, contando con Rodrigo Moreno Jeria como editor y Marco León León como coordinador. En este segundo tomo de cinco, dedicado a la época de nuestra Independencia, encontramos a destacados representantes del clero y de laicos católicos comprometidos tanto en el bando realista como en el de los patriotas independentistas.

Monseñor Alejandro Goic, obispo de Rancagua y presidente de la Conferencia Episcopal, quien presenta la obra, ha destacado el aporte en este tomo de trece historiadores que a través de doce capítulos abarcan importantes temáticas. Entre ellas, el desarrollo de una Iglesia institucional, diocesana y regular que se ve integrada a los acontecimientos de la Independencia en un ambiente convulsio-

nado, acompañando de manera activa a las diferentes facciones, a la vez que manteniendo las habituales representaciones religiosas. También aborda el tema de la presencia de la Virgen María desde la Conquista y mantiene siempre presente la religiosidad cotidiana en transformación y toda su imaginería.

El primer capítulo contextualiza la situación de inestabilidad que —desde el punto de vista civil, eclesiástico y militar— se vivía en el territorio en esa época, situación derivada de los movimientos políticos del Viejo Continente. Entre las instituciones eclesiales y los personajes comprometidos en los acontecimientos de la época, cabe destacar a Fray Camilo Henríquez y su periódico *La Aurora de Chile*. El segundo capítulo se centra en explicar los cambios y problemáticas de la Jerarquía eclesiástica y sus responsabilidades, las que se vieron entorpecidas o, incluso, anuladas. El tercer capítulo nos hace transportarnos al sur de Chile, a la ciudad de Valdivia, y nos cuenta la forma en que se vivió en la zona en ese período, ya que esta ciudad fue la segunda en iniciar el proceso emancipador, después de Santiago. El capítulo cuatro nos lleva a una visión más cercana de la vida de las distintas comunidades eclesiásticas que se encontraban en el país y las influencias que estas ejercieron en las variadas instancias con los gobernantes de turno. Además alude a la notoria influencia que tenían los religiosos en la sociedad por medio de la misa dominical con la prédica en el púlpito, la confesión y la guía espiritual, influencias muy deseadas por las autoridades civiles. También incorpora testimonios de las religiosas en los monasterios femeninos y las relaciones sociales a las cuales pertenecían, como también el desconocimiento que había de sus Constituciones, ya que el surgimiento de leyes laicas pretendía interferir con la vida en clausura por medio de la instalación de escuelas en sus dependencias. Una de las cosas más llamativas en este capítulo es conocer antecedentes referidos a las Trinitarias y al período que permanecieron fuera del Monasterio de Concepción, tomando en consideración que eran y son

religiosas de claustro. El capítulo cinco nos muestra el caso específico de la Orden de San Francisco. El seis cierra esta primera parte, planteándose la Inquisición como institución y ofreciéndonos elementos para entender su evolución. El siete abre una segunda área del libro, de carácter más pastoral y vivencial desde el punto de vista de la religiosidad. Para el lector común, presenta especial atractivo este capítulo destinado a recoger el arribo de la Virgen María a Chile, las primeras devociones y la colaboración que se les atribuye en el triunfo en diversas batallas. El capítulo ocho, por su parte, nos relata sobre el aporte educativo desde las parroquias, con sus contribuciones para la juventud y la familia. El capítulo siguiente nos transporta a manifestaciones de religiosidad y fiestas religiosas, como la Semana Santa, entre otras. Por su parte, el capítulo diez nos da a conocer el atardecer de los artistas creadores de retablos y los indicios de manifestaciones propias de nuestra identidad artística. El once nos entrega la biografía de dos ejemplos de santidad en los primeros tiempos de la República. Ellos son María del Carmen Benavides y Fray Andresito. Por último, el capítulo doce nos acerca al relato de vivencias y resultados del terremoto de 1822, lo que podemos comprender de mejor forma debido a las experiencias de febrero de este año.

La lectura atenta de todos sus capítulos permite profundizar en diversos aspectos de la misión de la Iglesia y, a través de ella, de la Patria naciente. Involucra una oportunidad para adentrarse en los personajes y las organizaciones eclesiales más destacados en ese momento trascendental de la construcción del Chile que hoy conocemos, incorporando antecedentes que hasta ahora han permanecido desconocidos en los textos educativos pero que necesariamente debieran ser incorporados a estos para una mejor comprensión del ser chileno. Es así, pues el país de hoy no se puede comprender sin reconocer la importante labor que tuvo y mantiene la Iglesia católica.

Marina de Navasal



Eltit, Diamela: *Impuesto a la carne*. Seix Barral, Santiago, 2010, 187 pp.

Tras la aparición de *Lumpérica*, una brillante primera novela de Eltit, la crítica la circunscribió a un imaginario de intelectualidad dura, de textos escritos para grandes literatos y no para un variado público lector. Pero este es un estigma bastante injusto y alejado de la realidad, que probablemente ha privado a muchas personas de acercarse a uno de los escritores más brillantes de su generación.

Si revisamos algunos de sus libros, en la novela *Los vigilantes* encontramos una dramática historia de opresión femenina y materna; *Puño y letra* en formato de registro documental presenta el testimonio fragmentado de un juicio, con lo que consigue decir más que todo el proceso; *Mano de obra* es una reconstrucción y re-interpretación de la novela social en una sociedad neoliberal, donde los códigos de la pobreza deben ser leídos de una manera radicalmente distinta de lo que esta fue en la primera mitad del siglo XX.

Su reciente entrega, *El impuesto a la carne*, nos ofrece una alegoría bicentenaria en la cual una madre y su hija se hallan adosadas la una a la otra, necesitándose y asfixiándose al interior de un hospital, en una eterna cadencia por sobrevivir según los códigos de ese mundo que Eltit desarrolla simbólicamente, donde los cuerpos son el terreno en que se despliegan las fuerzas oficialistas y las estructuras inamovibles de los equilibrios aceptados.

Ambas, madre e hija, que son negras, chicas, feas —estereotipo del sujeto sin atributos sociales— y han durado más de lo esperable, constituyen una representación del individuo frágil que es excluido sin remisión del mundo organizado del bienestar y el orden. Es este el relato de una derrota que les pertenece a todos los actores que colaboran en la preservación del orden jerárquico, los que de un modo u otro se desenvuelven como cómplices ante el temor de quedar parados en la

otra vereda y constituirse entonces ellos en individuos marginales, pues las leyes del dominio y sus consecuencias son implacables en su verticalidad.

En esta novela que aparenta estar armada de un modo simple —es mayoritariamente el monólogo de la hija en un relato lineal—, se adivina un trabajo minucioso e intencionado. La retahíla que parece tener un continuo, apela en cada párrafo a distintas emociones que remecen al lector, que tienen la capacidad de sumergirlo a ratos en una tristeza indefinible o de sublevarlo, de descorazonarlo, de no darle nunca descanso en esta tragedia que es y, a la vez, podría no serlo. Porque hay también en esta mirada bicentenaria una insinuación al futuro de los cuerpos miserables pero útiles para las manipulaciones médicas, los trasplantes y otros usos de los órganos, a ese valioso interior físico de los organismos para otros cuerpos cuya externalidad física y conceptual es ponderada en la sociedad.

Novela excepcional que, si bien no puede definirse como poética, es profunda y conmovedoramente lírica en su denuncia. Apela en su lenguaje cadencioso a lo más íntimo, a lo más penoso en la visualización del sujeto in-significante (aquel que no significa nada de acuerdo a los códigos imperantes), que con desesperada esperanza y a pesar de su invisibilidad, miseria y falta de destino, se aferra a los residuos de su existencia con la pasión de un náufrago.

Beatriz García-Huidobro

Hotel Acacias de Vitacura ★★★★★

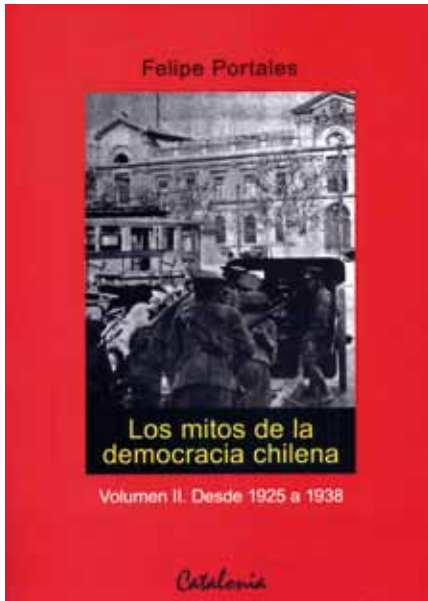


Salas de Conferencias

Luz Natural,
Jardines,
Asados Corporativos.

☎ 211 8601

www.hotelacacias.cl
reservas@hotelacacias.cl



Portales, Felipe: *Los mitos de la democracia chilena. Volumen II. Desde 1925 a 1938.* Catalonia Editores, Santiago, 2010, 510 pp.

El sociólogo Felipe Portales continúa con este nuevo trabajo una saga comenzada en un primer volumen referido al período que va desde la Conquista hasta 1925. La dirección de esta nueva obra sigue la anterior: contribuir a desmitificar. Sí, a desmitificar supuestas trayectorias impecables y homogéneas —unidireccionales, en este caso— respecto de que hemos sido y somos, salvo momentos específicos en apariencia extraños, un país y una sociedad democrática ejemplar.

Reconstruye con un trabajo serio, metódico, riguroso —donde hablan en buena medida los propios protagonistas—, escenarios del devenir sociopolítico. El texto está ubicado entre años claves, como 1925 y 1938, y en él desfilan personajes, tendencias y situaciones, muchas de ellas habitualmente mitificadas, tanto en libros de historia escolar como en el relato contemporáneo, en cuanto a su sentido y significado.

En particular, son valiosos los ingredientes que se consignan y dan forma a la Constitución de 1925, así como el análisis del ambiguo progresismo de Arturo

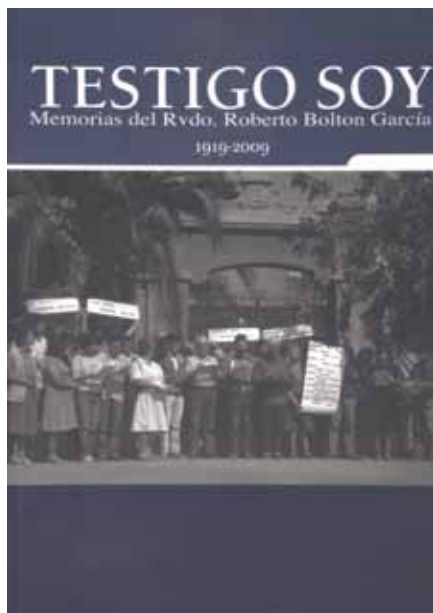
Alessandri y Carlos Ibáñez. Pero no solo eso. Queda también de manifiesto que no hubo que esperar el golpe de Estado de 1973 para ver situaciones de discriminación, tortura, relegación, asesinato o exilio. En particular, nos referimos a acciones dirigidas contra ciudadanos que han tenido como pecado principal organizarse y manifestarse en torno a opciones distintas de orden político, social o económico. El cohecho en el voto; las limitantes para la ciudadanía de las mujeres; la discriminación, el despojo y el maltrato contra pueblos originarios —en especial, contra el mapuche—, están presentes esos años. No hemos sufrido solamente la “matanza de Santa María de Iquique” (socializada en buena medida gracias a Luis Advis y Quilapayún), sino también aquella otra que se dejó caer —de nuevo sobre trabajadores del norte—, bautizada como la “matanza de La Coruña”, donde habrían perdido la vida a manos del Ejército no menos de ochocientos trabajadores y que, según Simon Collier y William Sater —citados en el texto—, fue una “salvaje masacre”. Una “salvaje masacre” de la cual se sabe más bien casi nada. ¿La acostumbrada operación de blanqueo en la conciencia nacional, una vez más?

El supuesto democratismo presente en el accionar de las élites poderosas —en el propio país y sus actores—, que se pretende “ejemplar” para otras naciones del Continente y más allá incluso, queda bastante cuestionado y sale maltrecho al recorrer las páginas del texto de Portales. Más allá o más acá de los datos y situaciones históricas, en esa mi-

tificación concurren algunos rasgos que no han dejado de reproducirse hasta el presente y que podrían ayudar a explicar el malestar ciudadano y la fragilidad de nuestras instituciones republicanas: autoritarismo sociopolítico y cultural; opción por el orden establecido (propiedad y ley), como algo cuasi natural e intocable; presencia de la represión (tortura, asesinatos, relegaciones), como recursos permanentes de gobierno; el temor de los sectores medios a proyectos más igualitarios, y su permanente cooptación por los sectores más pudientes; la inconsecuencia y veleidad de las élites políticas que, según su cercanía o lejanía del poder, modifican en los hechos sus propios principios y orientaciones; impunidad y discriminación; existencia de clases y conciencia de sus intereses. Se obtiene la impresión de que los enunciados democratistas quedan constantemente desmentidos por una sociedad aún profundamente injusta y desigual. Ocurre tanto en lo que refiere a sus estructuras y repartición de bienes sociales fundamentales como en el trato mutuo o en la intersubjetividad social.

Así pues, se revela este trabajo de Portales como una pieza capital para conocer de mejor manera nuestra propia historia política y no seguir engañándonos respecto de aquello que no somos. Tener el coraje de mirarnos de frente en lo que hemos constituido y en lo que hemos sido, podría ser una buena pista y un comienzo para acercarnos —algún día— al ideario de una sociedad auténticamente democrática.

Pablo Salvat B.



Bolton, Roberto: *Testigo soy. Memorias del Rvdo. Roberto Bolton García*. Editora Rosa Parissi Morales, Santiago, 2010, 424 pp.

Una primera afirmación que debo hacer es que comparto las ideas que han inspirado esta obra de mi amigo, el padre Roberto Bolton, compañero de ruta durante tantas décadas. Entre esas ideas, las que expresa cuando señala que cada hombre debe pensar que su vida puede servir para empujar la historia. Esta es una creencia que ambos compartimos y que está presente muchas veces en el intenso recorrido de prácticamente noventa años que él nos ofrece en las páginas de este gran libro. Los procesos políticos y sociales del siglo recién pasado son vivamente recordados en ellas, aunque lo central, lo vital de este texto, está en su perspectiva y sus reflexiones en torno a esos acontecimientos. La suya es una mirada comprometida, inquietada por la conciencia de que, efectivamente, cada persona puede ser motor de los cambios que nuestra sociedad requiere para permitir un ser humano más libre y digno. Esa convicción es la que esencialmente trasluce esta obra, testimonio notable y estimulante de un sacerdote que buscó

cumplir radicalmente con su servicio a los demás.

Comienza el libro narrando con gran amenidad y sorprendente precisión su experiencia en el Liceo Alemán y sus despreocupados juegos infantiles, pero también el impacto que en la juventud de los años treinta significaron las ideologías enfrentadas en la Guerra Civil española. Recuerda la influencia que más tarde recibió de sus conversaciones con el padre Alberto Hurtado, así como la “estimulante novedad” que él proclamaba: “Acentuaba que ser cristiano suponía primero ser hombre (...). Era un maestro en mostrar ideales y proponer a la juventud el idealismo de vida y apuntaba a menudo al heroísmo; era un sembrador de optimismo, de vitalidad y energía”. Después, el padre Bolton rememora su vida en el Seminario Pontificio Mayor, su licenciatura de Teología y su ordenación sacerdotal. También, hechos políticos, sociales y religiosos de significación nacional, como la campaña presidencial de 1958, el impulso a la Acción Católica de Jóvenes, la trascendente actividad eclesial y pastoral de monseñor Manuel Larraín, la encrucijada presidencial de 1970, el golpe militar, las acciones de defensa de derechos humanos e inserción en instancias como el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo.

Fue en esta última etapa cuando lo conocí. Habíamos, ambos, cursado más de la mitad de nuestras vidas. Nos unía en común un estado sacerdotal, pero nuestros horizontes eran diversos. Él era diocesano; yo, jesuita. Él, experto en Pastoral; yo, en Teología Moral. Él había sido rector del Colegio Seminario; yo, Superior en varias instancias de la Compañía de Jesús. Hablamos por vez primera en un encuentro del

Equipo Misión Obrera, grupo clandestino de sacerdotes obreros y agentes pastorales insertos en sectores populares. Desde entonces, vivimos en permanente complicidad en operativos varios de resguardo a perseguidos, como el refugio dentro de la Nunciatura para veinticuatro personas buscadas por la DINA.

Del padre Bolton es admirable la fuerza de su religiosidad, su fe en Dios, su adhesión a su vocación sacerdotal, y su fidelidad y confianza con sus Superiores, los obispos diocesanos. El imperativo que se apoderó de su conciencia fue el de acompañar al pobre, al necesitado, al sufriente. En buena medida de quien fue su mentor, el padre Mariano Puga, y de la espiritualidad de Carlos de Foucauld, el autor de este libro ha asumido una mística de acompañamiento a Cristo en la persona de los pobres y también en la adoración de la Eucaristía. Y su compromiso con el mundo de los obreros estuvo fuertemente marcado, además, por su inquebrantable afecto hacia la Villa Francia y sus comunidades cristianas.

Es esa vida la que relata en este libro. Su autor subrayó durante ella el valor de la acción, de la verdadera “praxis” que expresa un compromiso y abre una mística. La que se configura en beneficio del hombre, por los derechos humanos, sobre todo por los derechos de los más desamparados. Jesús ha dicho: “No el que dice, sino el que hace... entrará en el Reino”. En la acción comprobamos cada uno nuestra verdad. Y si esta es una acción común, si es una cooperación por el Reino de la Justicia y del Amor, allá se produce un encuentro de verdad.

José Aldunate, S.J.